

MI PECADO

Gen 3,1-24: Adán y Eva
Gen 4,1-16: Caín y Abel
Gen 11,1-9: La torre de Babel
Ex 32,1-6: La idolatría
Mt 23,1-36: El fariseísmo

“El orgullo es el principio de todo pecado. Por eso se dijo con mucha verdad: «Principio de todo pecado es la soberbia». Pues ella derribó al diablo, de quién se originó el pecado y, mezclándose después la envidia (del demonio por el hombre) precipitó al hombre, que estaba en pie, del estado del que había caído él. También esta puerta de la soberbia buscó para entrar la serpiente, cuando dijo «Seréis como dioses». Y también «El principio de la soberbia es apartarse de Dios». Contra soberbia, humildad. Cristo hecho hombre es por el que se nos ha dado un ejemplo para nuestra vida. Éste es el camino cierto por el que llegaremos a Dios. Nosotros no podíamos volver a Dios sino por la humildad, porque habíamos caído por la soberbia. Nuestro mismo Redentor se ha dignado mostrar en sí mismo un ejemplo de esta humildad: “Pues Él no consideró usurpación el ser igual a Dios, sino que se vació a sí mismo tomando forma de siervo” (SAN AGUSTÍN).

“Después de la caída, Dios concedió al hombre una ocasión para arrepentirse y obtener el perdón, pero su cabeza permaneció orgullosa. En efecto, Dios se acercó y le dijo: “Adán, ¿Dónde estás?” o sea: ¿De qué gloria te has caído? ¿Por qué te avergüenzas? Después le pregunta: “¿Por qué has pecado? ¿Por qué has desobedecido?, pretendiendo que dijera: “Perdóname”. Mas ¿dónde aparece ese “perdóname”? Adán no tuvo la humildad de arrepentirse, sino lo contrario. El hombre respondió: “La mujer que me diste me ha engañado”. No dice “mi esposa”, sino “la mujer que me has dado”, como si dijera “la desgracia que has hecho caer sobre mi cabeza”. Así sucede, hermanos: cuando el hombre no es capaz de reprocharse a sí mismo, no teme acusar a Dios mismo. Dios se dirige a continuación a la mujer y le dice: “Al menos di tú: para que tu alma se arrepienta y pueda recibir misericordia”. Pero de nuevo, no se oye ningún “perdóname”. La mujer responde a su vez: “la serpiente me ha engañado”, como si dijera si ella ha pecado, ¿qué culpa

tengo yo?”. ¿Qué hacéis, infelices? Haced al menos penitencia, reconoced vuestra falta, tened piedad de vuestra desnudez. Pero ninguno de ellos se dignó culparse a sí mismo, ninguno demostró tener la más mínima humildad” (DOROTEO DE GAZA).

“Por tanto, ... fijar la mirada en el otro, ante todo en Jesús, y a estar atentos los unos a los otros, a no mostrarse extraños, indiferentes a la suerte de los hermanos. Sin embargo, con frecuencia prevalece la actitud contraria: la indiferencia o el desinterés, que nacen del egoísmo, encubierto bajo la apariencia del respeto por la «esfera privada». También hoy resuena con fuerza la voz del Señor que nos llama a cada uno de nosotros a hacernos cargo del otro. Hoy Dios nos sigue pidiendo que seamos «guardianes» de nuestros hermanos (cf. **Gn 4,9**), que entablemos relaciones caracterizadas por el cuidado recíproco, por la atención al *bien* del otro y a *todo* su bien. (...) Si cultivamos esta mirada de fraternidad, la solidaridad, la justicia, así como la misericordia y la compasión, brotarán naturalmente de nuestro corazón. La atención al otro conlleva desear el bien para él o para ella en todos los aspectos: físico, moral y espiritual. La responsabilidad para con el prójimo significa, por tanto, querer y hacer el bien del otro, deseando que también él se abra a la lógica del bien; interesarse por el hermano significa abrir los ojos a sus necesidades. La Sagrada Escritura nos pone en guardia ante el peligro de tener el corazón endurecido por una especie de «anestesia espiritual» que nos deja ciegos ante los sufrimientos de los demás. (...) ¿Qué es lo que impide esta mirada humana y amorosa hacia el hermano? Con frecuencia son la riqueza material y la saciedad, pero también el anteponer los propios intereses y las propias preocupaciones a todo lo demás. Nunca debemos ser incapaces de «tener misericordia» para con quien sufre; nuestras cosas y nuestros problemas nunca deben absorber nuestro corazón hasta el punto de hacernos sordos al grito del prójimo” (BENEDICTO).

“Los constructores de la torre desafían a Dios. Después del diluvio, unos hombres soberbios, que se empeñan en fortificarse contra Dios, se construyen una torre para no ser destruidos, si se repetía otro diluvio. Habían oído y recordaban que el diluvio había deshecho toda la iniquidad. Ellos no quieren dejar la iniquidad, y, para defenderse contra el diluvio, piensan en la altura de la torre. Vio Dios su orgullo y les hizo caer en el error de que no se entendiesen hablando, y así vino por la soberbia la división de lenguas” (SAN AGUSTÍN).